



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Quinta Sesión

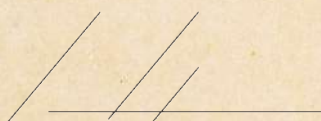
Guía de trabajo para la quinta sesión

Los arreglos postbélicos. p. 2

Conferencias:
La Paz de Versalles y la Sociedad de las
Naciones
(pronunciada el 31 de agosto de 1923) p. 8

Los problemas económicos de la paz
(pronunciada el 14 de septiembre de 1923) p. 16

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUA



Segundo ciclo de lectura, debate y prospectiva: Historia de la Crisis Mundial:

Quinta sesión

Los arreglos post bélicos

I

Contra la idea, atribuida a Gandhi, de que “la paz es hija de la justicia”, en la historia de la humanidad la “paz” ha sido hija de la guerra. Para ser más precisos: los tratados de paz se han firmado después de grandes conflictos armados. En la historia de Europa esta secuencia tiene como hitos la paz de Westfalia (1648), el Congreso de Viena (1814-1815) y la Conferencia de Versalles (1919). Simultáneamente se fue desarrollando la codificación del tema bajo la forma de Derecho Internacional. Se atribuye a Hugo Grocio (1583-1645) el haber puesto los fundamentos de esta disciplina al margen de consideraciones teológicas. En los siglos posteriores los enfoques se diversificaron. Las relaciones internacionales, entendidas como relaciones entre Estados, fueron analizadas desde un punto “descriptivo” (lo que son) o “normativo” (lo que deberían ser). Con lo cual se perfilaron dos grandes campos, con significativas variantes al interior de cada uno de ellos: el realismo que analiza las relaciones internacionales como relaciones de fuerza a partir de los intereses específicos de cada Estado; el utopismo que las entiende como resultado de acuerdos a partir de valores universales compartidos. Uno de los temas intensamente discutidos en la teoría política sobre las relaciones internacionales ha sido el de la posibilidad o no de una institucionalidad internacional vinculante, de un “imperium” universal. Para la Europa moderna los antecedentes eran el Imperio Romano y el Sacro Imperio Romano Germánico (que formalmente existió hasta 1806 aun cuando su “imperium” real se debilitó de manera acelerada desde fines del siglo XVI). A partir del s XVII, desde diversas perspectivas, se planteó más bien la posibilidad de una suerte de confederación de Estados capaz de garantizar una deseable “paz perpetua”. Mientras para Hobbes esto se podría argumentar a partir del interés de cada Estado por preservarse, para Rousseau una confederación de Estados moralmente imperfectos sería peligrosa, dependiendo la deseada paz en el nivel de perfección moral de cada uno de los Estados. Kant por su parte fundamentó una propuesta “gradualista” en la cual el requisito es la conformación de Estados republicanos que, en las condiciones reales de su tiempo, a lo más que podrían aspirar sin correr el riesgo de perder sus libertades internas es a una “federación pacífica de pueblos”. El debate doctrinario sobre estos temas ha sido muy intenso en el siglo XX y lo que va del XXI.

El asunto de los tratados internacionales no ocupa un lugar central en la obra de Marx, pero sí existen algunos análisis interesantes. Como es fácil suponer estos análisis toman como punto de partida el curso de la lucha de clases. Un ejemplo es el artículo “Excentricidades de la política” publicado en el New York Daily Tribune, en julio 1855. Allí Marx afirma que el principal resultado del Congreso de Viena fue el establecer el predominio de Rusia sobre la política

europea: “La guerra contra Francia, que era al mismo tiempo una guerra contra la revolución, una guerra anti jacobina, condujo naturalmente a una transferencia de la influencia de Occidente a Oriente, de Francia a Rusia. El Congreso de Viena fue el retoño natural de la guerra anti jacobina; el Tratado de Viena, el producto legítimo del Congreso de Viena; y la supremacía de Rusia, hija natural del Tratado de Viena”.

Se suele ubicar al marxismo en el campo de los enfoques “realistas” acerca de las relaciones internacionales. La centralidad de los intereses, el conflicto y las relaciones de fuerza justifica esta adscripción. Hay, sin embargo, un matiz importante. El marxismo incluye un componente “universalista” que es propio de los enfoques más bien “utópicos”: la afirmación de un sujeto universal, el proletariado, que trasciende a los Estados y cuyos intereses son la base para la configuración de un proyecto de emancipación universal que también va más allá de los Estados. Como veremos, este enfoque está presente en varios momentos de las conferencias que son motivo de esta sesión.

II

Las dos conferencias que proponemos para la conversación durante la siguiente sesión de nuestro ciclo no solo son extraordinarias por el estilo, ágil y profundo a la vez, sino por la cantidad de pistas de reflexión que nos sugieren.

Desde la primera línea, la novena conferencia, “La paz de Versalles y la Sociedad de las Naciones”, explicita un juicio crítico del tratado que culmina con su definición como “tratado de guerra”. Para ello, JCM apeló no solo a las opiniones de estadistas y publicistas diversos -todos ellos del campo de los vencedores- sino también a las evidencias del fracaso de los acuerdos al momento de dictarse la conferencia (agosto de 1923). Antes de detallar su contenido, José Carlos explicitó las razones por las cuales nos debe interesar “el examen de la Paz de Versalles”. Y aquí insertó las tesis básicas de todo el ciclo acerca del “ocaso” del orden burgués y en particular del pacifismo a lo Wilson. En los párrafos siguientes el conferencista retoma y amplía el relato de la capitulación alemana. La tesis básica es que Alemania capituló asumiendo que el marco de referencia eran los 14 puntos de Wilson (ver en anexo una síntesis de los mismos). La mayoría de los grandes actores de la conferencia (en principio, el llamado “Consejo de los Cuatro”, de los cuales fueron tres los decisivos: Wilson, Lloyd George y Clemenceau) no compartían tal perspectiva. Mariátegui nos propone una forma muy original de comprender el proceso de construcción de las decisiones políticas. Para cada personaje identifica el temperamento, su capacidad de sintonía con el momento de su sociedad, el cálculo inmediato y la tensión entre los intereses (burgueses) nacionales y los intereses (burgueses) “universales” (no precisamente la paz sino la estabilidad y reproducción del sistema capitalista). Es particularmente interesante la caracterización de Wilson y su diferencia con sus aliados: “falaces zorros de la política burguesa” ... “los más sagaces y mañosos abogados del mundo”.

El resultado de la negociación entre los tres personajes fue un tratado en las antípodas de los 14 puntos, tal como José Carlos explicó en detalle: amputaciones territoriales, indemnizaciones, restricciones a la soberanía, expropiación de flota mercante, colonias, minas, etc. La presentación no se

quedó en el análisis de los efectos de cada medida, sacó a la luz su carácter contradictorio con la continuidad misma del capitalismo en Alemania e incluso en toda Europa. De ahí la discrepancia entre Inglaterra y Francia en torno a hasta dónde apretar “el nudo corredizo puesto al cuello de Alemania”. ¿Por qué tolero esto Wilson? ¿Hasta qué punto se opuso Lloyd George a estos “excesos”? Para cada una de las preguntas José Carlos propuso respuestas. En un párrafo resume ambas: “El pensamiento de Wilson, en una palabra, era: El tratado es imperfecto; pero la Sociedad de las Naciones lo mejorará. El pensamiento de Lloyd George era: El Tratado es absurdo; pero la fuerza de la realidad, la presión de los hechos se encargará de corregirlo”.

La conferencia culminó con un detallado análisis de la Sociedad de las Naciones, “ilusión de la ideología de Wilson”, y de su fracaso. Más adelante la definió como “Internacional del capitalismo”. Y le reconoció el mérito de ser “un homenaje involuntario de la burguesía a nuestro ideal proletario y clasista del internacionalismo.” Una suerte de coda de la conferencia es la aclaración acerca de su distancia frente a cualquier francofilia o germanofilia: “Mis simpatías están con el proletariado universal.”

III

La otra conferencia propuesta para esta sesión es la décima primera: “Los problemas económicos de la paz”. Los primeros párrafos detallan los daños económicos que significó la guerra, la valoración de su costo (más de un billón de francos oro)¹ y el señalamiento de su causa: “la decadencia del régimen capitalista apresurada por la guerra”. La situación económica postbélica es explicada en clave neoclásica: producir más y consumir menos para ahorrar y pagar las deudas, siendo imposibles tanto lo primero como lo segundo. Y la causa fundamental del entrapamiento la ubica José Carlos en “el agravamiento de la lucha de clases”. Lo que sigue a continuación merece una lectura atenta, es un fino análisis de la dinámica de los conflictos sociales y políticos en la Europa de los años 1920. Para su exposición José Carlos retomó lo que había afirmado en la primera conferencia acerca de la nueva demarcación de campos en el proletariado. Allí, la diferencia entre reformistas y revolucionarios la estableció a partir de la actitud frente a la revolución rusa; aquí, la demarcación se establece en relación con la posible colaboración con la burguesía para la reconstrucción europea: los reformistas colaborarían a cambio de la aceptación de su “programa mínimo”, los revolucionarios se opondrían para garantizar la continuidad de su marcha al logro del programa máximo. A continuación, JCM analizó el campo burgués, su casi unánime oposición a aceptar “el programa mínimo de las clases trabajadoras”; en última instancia la inviabilidad de cualquier acuerdo. La “diferencia” la encontró en el líder británico, Lloyd George. De hecho, en la década previa a la guerra, este político liberal había impulsado un audaz plan de reformas sociales y de impuestos que fueron el inicio del estado de bienestar en el Reino Unido. José Carlos le atribuyó intenciones similares con relación a la Europa de la post guerra.

¹ Equivalentes a 442 mil millones de dólares del año 2023.

Las limitaciones de recursos para la reconstrucción y/o reformas sociales lleva a la necesidad de profundizar el colonialismo capitalista. Aquí también la clave explicativa es la lucha de clases: se trata de desplazar la explotación a aquellas sociedades en las cuales “la guerra social, la lucha de clases ... no existe casi o existe bajo otras formas atenuadas o elementales”. La presentación de la lógica de la expansión colonial del capitalismo es una clara muestra del nivel de asimilación del marxismo por parte de Mariátegui.² Frente a esta ofensiva, Mariátegui identificó un poderoso obstáculo, una “dificultad histórica”: “países coloniales (que) se agitan por conquistar su independencia nacional”. La relación, apenas mencionada, entre “la Rusia de los soviets” y las “insurrecciones nacionalistas” da cuenta del cambio estratégico operado a partir de 1922 en la IC. Y retoma la tesis leninista sobre la cuestión nacional, tema de debate con Rosa Luxemburgo y otros marxistas en la década previa.³ En una posterior conferencia JCM volvió sobre el tema de las revoluciones fuera de Europa. Cabe notar que la conferencia incluyó la rápida presentación de algunos conceptos generales que luego aparecerán en Siete Ensayos, en particular en el primero.

La sección final de la conferencia presenta un análisis detallado de cada uno de “los problemas económicos de la paz”. En primer lugar, las reparaciones. José Carlos sintetizó la historia del asunto, de los cálculos y recálculos del monto y de la capacidad de pago de Alemania. El retraso en los pagos había llevado (en enero de 1923) a la ocupación de la cuenca carbonífera del Ruhr por tropas francesas. La decisión, sin embargo, generó nuevos impasses: costo de la ocupación, caída en la producción de carbón, menos capacidad de pago, riesgo mayor de contagio de la crisis a toda Europa, etc. Una vez más, José Carlos sacó a la luz la tensión entre la voluntad francesa de “aniquilar” Alemania y la necesidad de reconstruir Alemania para garantizar la salud del capitalismo europeo. Años más tarde Mariátegui escribiría: “Francia llevó a Versalles un espíritu nacionalista; Inglaterra un espíritu imperialista.” (27-11-29). La conferencia se cierra con el título apenas de otro problema económico de la paz, “el problema de las deudas interaliadas.” Este asunto fue un mecanismo de redefinición de la hegemonía en el campo de los vencedores, contribuyó a la consolidación de Estados Unidos como la primera potencia mundial.

IV

La lectura atenta y reflexiva de las conferencias seguramente suscitará reflexiones que las vinculen con nuestra actualidad. En la primera sección se han mencionado algunos temas: la teoría y la práctica de los tratados de paz en la modernidad; la posibilidad, alcances y límites, de los acuerdos internacionales bajo las condiciones del capitalismo; el rol del “internacionalismo proletario” como posible factor regulador de las relaciones de fuerza entre los Estados.

Puede ser útil, para captar mejor la peculiaridad de Mariátegui en relación con estos temas, revisar la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional

² Marx desarrolla en tema en los capítulos 25 y 33 del tomo 1 de El Capital.

³ Este asunto fue discutido en la segunda sesión de nuestro primer ciclo.

Comunista sobre el Tratado de Versalles (mayo 1919).⁴ Así mismo, puede revisarse la posición de Lenin sobre la táctica frente al Tratado. En el capítulo VIII de Izquierdismo enfermedad infantil del comunismo, titulado: “¿Ningún compromiso?”, el líder soviético critica al ala izquierda del Partido Comunista Alemán que levantaba la demanda de desconocer el Tratado de Versalles. La argumentación pone en el centro la valoración de la correlación de fuerzas en Alemania y en Europa, así como la centralidad de la cuestión del poder. Con su habitual contundencia Lenin afirma: “Colocar obligatoriamente en primer plano, a toda costa y enseguida la liberación del Tratado de Versalles, antes que la cuestión de liberar del yugo imperialista a los demás países oprimidos por el imperialismo es una manifestación de nacionalismo pequeño-burgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y cía.), pero no de internacionalismo revolucionario”.⁵

En estas notas se ha mencionado varias veces la importancia del análisis de clase, así como sus peculiaridades en el caso de Mariátegui, para el análisis de los procesos y las relaciones internacionales. Este es, sin duda, un asunto de actualidad dada la “infiltración” de visiones geopolíticas en muchos análisis de izquierda. Y, por supuesto, la relación entre movimientos de clase y movimientos nacionales sigue siendo uno de los desafíos teóricos y prácticos, presente de diversas maneras a lo largo del siglo que nos separa de las conferencias del Amauta.

Eduardo Cáceres Valdivia, 3 de febrero 2024

⁴https://www.marxists.org/espanol/tematica/internacionales/comintern/1919/13_v.htm

Lamentablemente la traducción al español es pésima.

⁵<https://centromarx.org/images/stories/PDF/la%20enfermedad%20infantil%20web%20centro%20marx.pdf> página107. Vale la pena leer todo el capítulo y en especial su conclusión.

Anexos

Anexo 1 - Los 14 puntos de Wilson

1. Convenios abiertos y no diplomacia secreta en el futuro.
2. Libertad de navegación en la paz y en la guerra fuera de las aguas jurisdiccionales, excepto cuando los mares quedasen cerrados por un acuerdo internacional.
3. Desaparición, tanto como sea posible, de las barreras económicas.
4. Garantías adecuadas para la reducción de los armamentos nacionales.
5. Reajuste de las reclamaciones coloniales, de tal manera que los intereses de los pueblos merezcan igual consideración que las aspiraciones de los gobiernos, cuyo fundamento habrá de ser determinado.
6. Evacuación de todo el territorio ruso, dándose a Rusia plena oportunidad para su propio desarrollo con la ayuda de las potencias.
7. Plena restauración de Bélgica en su completa y libre soberanía.
8. Liberación de todo el territorio francés y reparación de los perjuicios causados por Prusia en 1871.
9. Reajuste de las fronteras italianas de acuerdo con el principio de la nacionalidad.
10. Oportunidad para un desarrollo autónomo de los pueblos del Imperio austrohúngaro.
11. Evacuación de Rumanía, Serbia y Montenegro, concesión de un acceso al mar a Serbia y arreglo de las relaciones entre los Estados balcánicos de acuerdo con sus sentimientos y el principio de nacionalidad.
12. Seguridad de desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio otomano, y el Estrecho de los Dardanelos libres para toda clase de barcos.
13. Declarar a Polonia como un estado independiente, que además tenga acceso al mar.
14. La creación de una asociación general de naciones, a constituir mediante pactos específicos con el propósito de garantizar mutuamente la independencia política y la integridad territorial, tanto de los Estados grandes como de los pequeños.

Anexo 2

Instituto Antequera — Nuestro Resumen del Libro de Keynes: The Economic Consequences of the Peace (Video)

https://www.youtube.com/watch?v=H_kySI72WvE

Conferencias

NOVENA CONFERENCIA LA PAZ DE VERSALLES Y LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES⁶

La Paz de Versalles es el punto de partida de todos los problemas económicos y políticos de hoy. El tratado de paz de Versalles no ha dado al mundo la tranquilidad ni el orden que de él esperaban los Estados. Por el contrario ha aportado nuevas causas de inquietud, de desorden y de malestar. Ni siquiera ha puesto definitivamente fin a las operaciones marciales. Esta paz no ha pacificado al mundo. Después de firmarla, Europa ha continuado en armas. Y hasta ha continuado batiéndose y ensangrentándose parcialmente. Asistimos hoy mismo a la ocupación del Ruhr que es una operación militar. Y que crea entre Francia y Alemania una situación casi bélica. El tratado no merece, por tanto, el nombre de tratado de paz, Merece, más bien, el nombre de tratado de guerra.

Todos los estadistas, que acarician la ilusión de una reconstrucción europea, juzgan indispensable la revisión, la rectificación, casi la anulación de este tratado que separa, enemista y fracciona a las naciones europeas; que hace imposible, por consiguiente, una política de colaboración y solidaridad europeas; y que destruye la economía de Alemania, parte vital del organismo europeo. Con este motivo, el tratado de paz está en discusión permanente. Su sanción, su ratificación, su suscripción resultan provisorias. Uno de los principales beligerantes, Estados Unidos, le ha negado su adhesión y su firma. Otros beligerantes lo han abandonado. Alemania, en vista de la ocupación del Ruhr, se ha negado a seguir cumpliendo las obligaciones económicas que sus cláusulas le imponen. El estudio del tratado es, pues, de gran actualidad.

A los hombres de vanguardia, a los hombres de filiación revolucionaria, el conocimiento y el examen de la Paz de Versalles nos interesa también extraordinariamente. Primero, porque este tratado y sus consecuencias económicas y políticas son la prueba de la decadencia, del ocaso y de la bancarrota de la organización individualista, capitalista y burguesa. Segundo, porque ese tratado, su impotencia y su desprestigio, significan la impotencia y el desprestigio de la ideología democrática de los pacifistas burgueses del tipo de Wilson, que creen compatible la seguridad de la paz con la subsistencia del régimen capitalista.

Veamos qué cosa fue la Conferencia de Versalles. Y qué cosa es el tratado de paz. Tenemos que remontarnos a la capitulación, a la rendición de Alemania. Bien sabéis que Estados Unidos, por boca de Wilson, declararon oficialmente sus fines de guerra, a renglón seguido de su intervención. En enero de 1918, Wilson formuló sus catorce famosos puntos. Estos catorce puntos, como bien sabéis, no eran otra cosa que las condiciones de paz, por las cuales luchaban contra Alemania y Austria las potencias aliadas y asociadas. Wilson

⁶ José Carlos Mariátegui, "La Paz de Versalles y la Sociedad de las Naciones", 31 de agosto de 1923. Archivo José Carlo Mariátegui. [\[Novena Conferencia\] La paz de Versalles y la Sociedad de Naciones - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

ratificó, aclaró y precisó estas condiciones de paz en varios discursos y mensajes, mientras los ejércitos se batían. Inglaterra, Francia e Italia aceptaron los catorce puntos de Wilson. Alemania estaba entonces en una posición militar ventajosa y superior. Como he explicado en mis anteriores conferencias, la propaganda wilsoniana debilitó primero y deshizo después la fortaleza del frente alemán, más que los refuerzos materiales norteamericanos. Las condiciones de paz preconizadas por Wilson ganaron a la mayoría de la opinión popular alemana. El pueblo alemán dejó sentir su cansancio de la guerra, su voluntad de no seguir batiéndose, su deseo de aceptar la paz ofrecida por Wilson. Los generalísimos alemanes advirtieron que esta misma atmósfera moral cundía en el ejército. Comprendieron que, en tales condiciones morales, era imposible proseguir la guerra. Y propusieron el entablamiento inmediato de negociaciones de paz. Lo propusieron, precisamente, como un medio de mantener la unidad moral del ejército. Porque era necesario, demostrarle al ejército, en todo caso, que el gobierno alemán no prolongaba caprichosamente los sacrificios de la guerra y que estaba dispuesto a ponerles término, a cambio de una paz honrosa. Bajo esta presión, el gobierno alemán comunicó al Presidente Wilson que aceptaba los catorce puntos y que solicitaba la apertura de negociaciones de paz. El 8 de octubre el Presidente Wilson preguntó a Alemania si aceptadas las condiciones planteadas, su objeto era simplemente llegar a una inteligencia sobre los detalles, de su aplicación. La respuesta de Alemania, de fecha 12 de octubre, fue afirmativa. Alemania se adhería, sin reservas, a los catorce puntos. El 14 de octubre, Wilson planteó las siguientes cuestiones previas: las condiciones del armisticio serían dictadas por los consejeros militares de los aliados; la guerra submarina cesaría inmediatamente; el gobierno alemán daría garantías de su carácter representativo. El 20 de octubre Alemania se declaró de acuerdo con las dos primeras cuestiones. En cuanto a la tercera respondió que el gobierno alemán estaba sujeto al control del Reichstag. El 23 de octubre Wilson comunicó a Alemania que había enterado oficialmente a los aliados de esta correspondencia, invitándoles a que, en el caso de que quisiesen la paz en las condiciones indicadas, encargasen a sus consejeros militares la redacción de las condiciones del armisticio. Los consejeros militares aliados, presididos por Foch, discutieron y elaboraron estas condiciones. En virtud de ellas, Alemania quedaba; desarmada e incapacitada para proseguir la guerra. Alemania, sin embargo, se sometió. Nada tenía que temer de las condiciones de paz. Las condiciones de paz estaban ya acordadas explícitamente. Las negociaciones sólo tenían, por finalidad, sino "la protocolización de la forma de aplicarlas.

Alemania capituló, pues, en virtud del compromiso aliado de que la paz se ceñiría a los catorce puntos de Wilson y a las otras condiciones sustanciales enunciadas por Wilson en sus mensajes y discursos. No se trataba sino de coordinar los detalles de una paz, cuyos lineamientos generales estaban ya fijados. La paz ofrecida por los aliados a Alemania era una paz sin anexiones ni indemnizaciones, una paz que aseguraba a los vencidos su integridad territorial, una paz que no echaba sobre sus espaldas el fardo de las obligaciones económicas de los vencedores, una paz que garantizaba a los vencidos su derecho, a la vida, a la independencia, a la prosperidad. Sobre la base de estas garantías Alemania y Austria depusieron las armas. ¡Qué importaba moralmente

que esas garantías no estuviesen aún escritas en un tratado, en un documento suscrito por unos y otros beligerantes! No, por eso, eran menos categóricas, menos explícitas, ni menos terminantes.

Veamos ahora cómo fueron respetadas, cómo fueron cumplidas, cómo fueron mantenidas por los aliados. La historia de la Conferencia de Versalles es conocida en sus aspectos externos e íntimos. Varios de los hombres que intervinieron en la conferencia han publicado libros relativos a su funcionamiento, a su labor y a su ambiente. Son universalmente conocidos el libro de Keynes, delegado económico de Inglaterra, el libro de Lansing, Secretario de Estado de Norteamérica, el libro de Andrés Tardieu, delegado de Francia y colaborador principal de Clemenceau, el libro de Nitti, delegado italiano y Ministro del Tesoro de Orlando. Además, Lloyd George, Clemenceau, Poincaré, Foch, han hecho diversas declaraciones acerca de las intimidades de la conferencia de Versalles. Se dispone, por tanto, de la cantidad necesaria de testimonios autorizados para juzgar, documentadamente, la conferencia y el tratado. Todos los testimonios que he enumerado son testimonios aliados. No deseo recurrir a los testimonios alemanes para que no se les tache de parcialidad, de despecho, de encono.

Todas las potencias participantes enviaron a la conferencia delegaciones numerosas. Principalmente, las grandes potencias aliadas rodearon a sus delegados de verdaderos ejércitos de peritos, técnicos y auxiliares. Pero estas comisiones no intervinieron sino en la elaboración de las cláusulas secundarias del tratado. Las cláusulas sustantivas, los puntos cardinales de la paz, fueron acordados exclusivamente por cuatro hombres: Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando. Estos cuatro hombres constituían el célebre Consejo de los Cuatro. Y de ellos Orlando tuvo en las labores del Consejo una intervención intermitente, localista y limitada. Orlando casi no se ocupó de las cuestiones especiales de Italia. La paz fue así, en consecuencia, obra de Wilson, Clemenceau y Lloyd George únicamente. De estos tres hombres, ten sólo Wilson ambicionaba seriamente una paz basada en los catorce puntos y en su ideología democrática. Clemenceau aspiraba, sobre todo, a una paz ventajosa para Francia, dura, áspera, inexorable para Alemania. Lloyd George se oponía a que Alemania fuese tratada inclementemente, no por adhesión al programa wilsoniano sino por interés de que Alemania no resultase expoliada hasta el punto de comprometer su convalecencia y, por consiguiente, la reorganización capitalista de Europa. Pero Lloyd George tenía, al mismo tiempo, que considerar la posición parlamentaria de su gobierno. La opinión pública inglesa quería una paz que impusiese a Alemania el pago de todas las deudas de guerra. El contribuyente inglés no quería que recayesen sobre él las obligaciones económicas de la guerra. Quería que recayesen sobre Alemania. Las elecciones legislativas se efectuaron en Inglaterra antes de la suscripción de la paz. Y Lloyd George, para no ser vencido en las elecciones, tuvo que incorporar en su plataforma electoral esa aspiración del contribuyente inglés. Lloyd George, en su palabra, se comprometió con el pueblo inglés a obligar a Alemania al pago integral del costo de la guerra. Clemenceau, a su turno, era solicitado por la opinión pública francesa en igual sentido. Eran los días delirantes de la victoria. Ni el pueblo francés, ni el pueblo inglés, disponían de serenidad para razonar, para reflexionar: su pasión y su instinto oscurecían su inteligencia, su

discernimiento. Tras de Clemenceau y tras de Lloyd George habían, por consiguiente, dos pueblos que deseaban la expoliación de Alemania. Tras de Wilson, no había, en tanto, un pueblo devotamente solidario con los catorce puntos. Antes bien, la opinión norteamericana se inclinaba, egoístamente, al abandono de algunos anhelos líricos de Wilson. Wilson trataba, con jefes de Estado, parlamentariamente fuertes, dueños de mayorías numerosas en sus cámaras respectivas. A él le faltaba, en tanto, en los Estados Unidos, esta firme adhesión parlamentaria. Tenemos aquí una de las causas de las transacciones y de las concesiones de Wilson en el curso de las conferencias. Pero otra de las causas no era, como ésta, una causa externa. Era una causa interna, una causa psicológica. Wilson se encontraba frente a. dos políticos redomados, astutos, expertos en la trapacería, en el sofisma y en el engaño. Wilson era un ingenuo profesor universitario, un personaje un poco sacerdotal, utopista y hierático, un tipo algo místico de puritano y de pastor protestante. Clemenceau y Lloyd George eran, en cambio, dos políticos cautos, consumados y duchos, largamente entrenados para el enredo diplomático. Dos estrategias hábiles y experimentados. Dos falaces zorros de la política burguesa. Keynes dice, además, que Wilson no llevó a la conferencia de la paz sino principios generales, pero no ideas concretas en cuanto a su aplicación, Wilson no conocía detalladamente las cuestiones europeas consideradas por sus catorce puntos. A los aliados les fue fácil, por esto, presentarle la solución en cada una de estas cuestiones con un ropaje idealista y doctrinario. No regateaban a Wilson la adhesión a ninguno de sus principios; pero se daban maña para burlados en la práctica y en la realidad, Redactaban astutamente las cláusulas del tratado, de suerte que dejasen resquicio a las interpretaciones convenientes para invalidar los mismos principios que, aparentemente, esas cláusulas consagraban y reconocían. Wilson carecía de experiencia, de perspicacia para descubrir el sentido de todas las interlíneas, de todos los giros gramaticales de cada cláusula. El tratado de Versalles ha sido, desde este punto de vista, una obra maestra de tinterillismo de los más sagaces y mañosos abogados del mundo. El programa de Wilson garantizaba a Alemania la integridad de su territorio. El Tratado de Versalles separa de Alemania la región del Sarre, poblada por seiscientos mil alemanes. El sentimiento de esa región es indiscutiblemente alemán. El tratado establece, sin embargo, que después de quince años un plebiscito decidirá la nacionalidad definitiva de esa región. En seguida, el tratado amputa a Alemania otras poblaciones alemanas para dárselas a Polonia y a Checoslovaquia. Finalmente decide la ocupación por quince años de las provincias de la ribera izquierda del Rin, que contienen una población de seis millones de alemanes. Varios millones de alemanes han sido arbitrariamente colocados bajo banderas extrañas a su nacionalidad verdadera, en virtud de un tratado que, conforme al programa de Wilson, debió ser un tratado de paz sin anexiones de ninguna clase.

El programa de Wilson garantizaba a Alemania una paz sin indemnizaciones. Y el Tratado de Versalles la obliga, no sólo a la reparación de los daños causados a las poblaciones civiles, a la reconstrucción de las ciudades devastadas, sino también al pago de las pensiones de los parientes de las víctimas de la guerra y de los inválidos. Además, la computación de estas sumas es hecha inapelablemente por los aliados, interesados naturalmente en

exagerar el monto de esas sumas. La fijación del monto de esta indemnización de guerra no ha sido aún concluida. Se discute ahora la cantidad que Alemania está en aptitud de pagar.

El programa de Wilson garantizaba la ejecución del principio de los pueblos a disponer de sí mismos. Y el tratado de paz niega a Austria este derecho. Los austríacos, como sabéis, son hombres de raza, de tradición y de sentimiento alemanes. Las naciones de raza diferente, Bohemia, Hungría, Croacia, Dalmacia, incorporadas antes en el Imperio Austro-Húngaro, han ido independizadas de Austria que ha quedado reducida a una pequeña nación de población netamente germana, netamente alemana. A esta nación, el tratado de paz le niega el derecho de unirse a Alemania. No se lo niega explícitamente, porque el tratado, como ya he dicho, es un documento de refinada hipocresía; pero se lo niega disfrazada e indirectamente. El tratado de paz dice que Austria no podrá unirse a otra nación sin la anuencia de la Sociedad de las Naciones. Y dice, en seguida, en una disposición de apariencia inocente, que el consentimiento de la Sociedad de las Naciones debe ser unánime. Unánime, esto es que si un miembro de la Sociedad de las Naciones, uno solo, Francia, por ejemplo, rehúsa su consentimiento, Austria no puede disponer de sí misma. Esta es una de las astutas burlas de sus catorce puntos, que los gobernantes aliados consiguieron jugar a Wilson en el tratado de paz.

El tratado de paz, por otra parte, ha despojado a Alemania de todos sus bienes inmediatamente negociables. Alemania, en virtud del tratado, ha sido desposeída no sólo de su marina de guerra sino, además, de su marina mercante. Al mismo tiempo, se le ha vetado, indirectamente, la reconstrucción de esta marina mercante, imponiéndosele la obligación de construir en, sus astilleros, durante cinco años, los vapores que los aliados necesiten. Alemania ha sido desposeída de todas sus colonias y de todas las propiedades del Estado alemán existentes en ellas: ferrocarriles, obras públicas, etc. Los aliados se han reservado, además, el derecho de expropiar, sin indemnización alguna, la propiedad privada de los súbditos alemanes residentes en esas colonias. Se han reservado el mismo derecho respecto a la propiedad de los súbditos alemanes residentes en Alsacia y Lorena y en los países aliados o sus colonias. Alemania ha sido desposeída de las minas de carbón del Sarre, que pasan a propiedad definitiva de Francia, mientras a los habitantes de la región se les acuerda el derecho a elegir, dentro de quince años, la soberanía que prefieran. El pretexto de la entrega de estas minas de carbón a Alemania reside en los daños causados por la invasión alemana a las minas de carbón de Francia; pero el tratado contempla en otra cláusula la reparación de estos daños, imponiendo a Alemania la obligación de consignar anualmente a Francia una cantidad de carbón, igual a la diferencia entre la producción actual de las minas destruidas o dañadas y su producción de antes de la guerra. Esta imposición del tratado a Alemania asegura a Francia una cantidad de carbón anual idéntica a la que le daban sus minas antes de la invasión alemana. A pesar de esto, en el nombre de los daños sufridos por las minas francesas durante la guerra, se ha encontrado necesario, además, despojar a Alemania de las minas del Sarre. Alemania, en fin, ha sido desposeída del derecho de abrir y cerrar sus fronteras a quien le convenga. El tratado la obliga a dispensar a las naciones aliadas, sin derecho alguno a reciprocidad, el tratamiento aduanero acordado a la nación

más favorecida. En una palabra, la obliga a que franquee sus fronteras a la invasión de mercaderías extranjeras, sin que sus mercaderías gocen de la misma franquicia aduanera para ingresar en los países aliados y asociados. Para enumerar todas las expoliaciones que el tratado de paz inflige a Alemania necesitaría hablar toda la noche. Necesitaría, además, entrar en una serie de pormenores técnicos o estadísticos, fatigantes y áridos. Basta a mi juicio con la ligera enumeración que ya he hecho para que os forméis una idea de la magnitud de las cargas económicas arrojadas sobre Alemania por el tratado de paz. El tratado de paz ha quitado a Alemania todos los medios de restaurar su economía; ha mutilado su territorio; y ha suprimido virtualmente su independencia y su soberanía. El tratado de paz ha dado a la Comisión de Reparaciones, verdadero instrumento de extorsión y de tortura, la facultad de intervenir a su antojo en la vida económica alemana.

Los aliados han cuidado de que el tratado de paz ponga en sus manos la suerte económica de Alemania. Ellos mismos han tenido que renunciar a la aplicación de muchas cláusulas que les entregaban la vida de Alemania. El tratado, por ejemplo, da derecho a los aliados a reclamar el oro que posee el estado alemán; pero, como este oro es el respaldo de la moneda alemana, los aliados han tenido que abstenerse de exigir su entrega, para evitar que, por falta de respaldo metálico, la moneda alemana perdiese todo valor. El tratado es así, en gran parte, inejecutable. Y tiene por eso toda la virtualidad de un nudo corredizo puesto al cuello de Alemania. Los aliados no tienen sino que tirar de ese nudo corredizo para matar a Alemania. Actualmente la discusión entre Francia e Inglaterra no tiene otro sentido que éste: Francia cree en la conveniencia de asfixiar a Alemania, cuya vida está en sus manos; Inglaterra no cree en la conveniencia de acabar con la vida de Alemania. Teme que la descomposición del cadáver alemán infecte mortalmente la atmósfera europea.

El tratado de paz, en suma, reniega los principios de Wilson, en el nombre de los cuales capituló Alemania. El tratado de paz no ha respetado las condiciones ofrecidas a Alemania para inducirla a rendirse. Los aliados suelen decir que Alemania debe resignarse a su suerte de nación vencida. Que Alemania ha perdido la guerra. Que los vencedores son dueños de imponerle una paz dura. Pero estas afirmaciones tergiversan y adulteran la verdad. El caso de Alemania no ha sido éste. Los aliados, precisamente con el objeto de decidir a Alemania a la paz, habían declarado previamente sus condiciones. Y se habían empeñado solemnemente a respetarlas y mantenerlas. Alemania capituló, Alemania se rindió; Alemania depuso las armas, sobre la base de esas condiciones. No había, pues, derecho para imponer a Alemania, desarmada, una paz dura e inclemente. No había derecho a cambiar las condiciones de paz. ¿Cómo pudo tolerar Wilson este desconocimiento, esta violación de su programa? Ya he explicado en parte este hecho. Wilson, en unos casos, fue colocado ante una serie de tergiversadores hábiles, tinterillescas, hipócritas, de la aplicación de sus principios. Wilson, en otros casos, transigió con los puntos de vista de Francia, Bélgica, Inglaterra, a sabiendas de que atacaban su programa. Pero transigió a cambio de la aceptación de la idea de la Sociedad de las "Naciones. A juicio de Wilson, nada importaba que algunas de sus aspiraciones, la libertad de los mares, por ejemplo, no consiguiese una

realización inmediata en el tratado. Lo esencial, lo importante era que el número cardinal de su programa no fracasase. Ese número cardinal de su programa era la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, pensaba Wilson, hará realizable mañana lo que no es realizable hoy mismo. La reorganización del mundo, sobre la base de los catorce puntos, estaba automáticamente asegurada con la existencia de la Sociedad de las Naciones. Wilson se consolaba, en medio de sus más dolorosas concesiones; con la idea de que la Sociedad de las Naciones se salvaba.

Algo análogo pasó en el espíritu de Lloyd George. Lloyd George resistió a muchas de las exigencias francesas. Lloyd George combatió, por ejemplo, la ocupación militar de la ribera izquierda del Rhin. Lloyd George se esforzó porque el tratado no mutilase ni atacase la unidad alemana. Pero Lloyd George cedió a las demandas francesas porque pensó que no era el momento de discutir las. Creyó Lloyd George que, poco a poco, a medida que se desvaneciese el delirio de la victoria, se conseguiría la rectificación paulatina de las cláusulas inejecutables del tratado. Por el momento lo que urgía era entenderse. Lo que urgía era suscribir el tratado de paz, sin reparar en muchos de sus defectos. Todo lo que en el tratado existía de absurdo iría desapareciendo sucesivamente en virtud de progresivas rectificaciones y progresivos compromisos. Por lo pronto, urgía firmar la paz. Más tarde se vería la manera de mejorarla y de componerla. No había necesidad de reñir teóricamente sobre las consecuencias del Tratado de Versalles. La realidad se encargaría de constreñir a las naciones interesadas a reconocer esas consecuencias y a acomodar su conducta a las necesidades que esas consecuencias creasen.

El pensamiento de Wilson, en una palabra, será: El tratado es imperfecto; pero a Sociedad de las Naciones lo mejorará. El pensamiento de Lloyd George era: El Tratado es absurdo; pero la fuerza de la realidad, la presión de los hechos se encargarán de corregirlo.

Pero la Sociedad de las Naciones era una ilusión de la ideología de Wilson. La Sociedad de las Naciones ha quedado reducida a un nuevo e impotente tribunal de La Haya. Conforme a la ilusión de Wilson, la Sociedad de las Naciones debía haber comprendido a todos los países de la civilización occidental. Y a través de ellos a todos los países del mundo, porque los países de la civilización occidental serían mandatarios de los países de las otras civilizaciones del Africa, Asia, etc. Pero la realidad es otra. La Sociedad de las Naciones no comprende siquiera a la totalidad de las naciones vencedoras. Estados Unidos no ha ratificado el Tratado de Versalles ni se ha adherido a la Sociedad de las Naciones. Alemania, Austria, Turquía y otras naciones europeas son excluidas de la Sociedad y colocadas bajo su tutelaje. Rusia, que pesa en la economía europea con todo el peso de sus ciento veinte millones de habitantes, no forma parte de la Sociedad de las Naciones. Más aún, domina en ella un régimen antagónico del régimen representado por la Sociedad de las Naciones. Dentro de la Sociedad de las Naciones se reproduciría el peligroso equilibrio continental. Unas naciones se aliarían con otras. La Sociedad de las Naciones debía haber puesto término al sistema de las alianzas. Vemos, sin embargo, que Checoeslavia, Yugoslavia y Rumania han constituido una alianza, la Petite Entente; que los pactos de grupos de naciones se renuevan. La Sociedad de las Naciones, sobre todo, no es tal Sociedad de las Naciones.

Es una sociedad de gobiernos; es una sociedad de Estados, es una liga del régimen capitalista. La Sociedad de las Naciones cuenta con la adhesión de las clases dominante; pero no cuenta con la adhesión de la, clase dominada. La Sociedad de las Naciones es la Internacional del Capitalismo; pero no la Internacional de los Pueblos. Ninguna nación quiere renunciar a un derecho dado en favor de la Sociedad de las Naciones. Decidle a Francia que someta el problema de las reparaciones a la Sociedad de las Naciones. Francia responderá que el problema de las reparaciones es un problema suyo; que no es un problema de la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones es, a lo sumo, interesante como una expresión del fenómeno internacionalista. La burguesía ha concebido la idea de la Sociedad de las Naciones bajo la presión de fenómenos que le indican que la vida humana se ha solidarizado, se ha internacionalizado. La idea de la Sociedad de las Naciones es desde este punto de vista, compañeros, un homenaje involuntario de la burguesía a nuestro ideal proletario y clasista del internacionalismo.

Yo he hablado, compañeros, de estas cuestiones, igualmente lejano de toda francofilia y de toda germanofilia. Yo no soy, no puedo ser ni germanófilo ni francófilo. Mis simpatías no están con una nación ni con otra. Mis simpatías están con el proletariado universal. Mis simpatías acompañan del mismo modo al proletariado alemán que al proletariado francés. Si yo hablo de la Francia oficial con alguna agresividad de lenguaje y de léxico es porque mi temperamento es un temperamento polémico, beligerante y combativo. Yo no sé hablar unciosamente, eufemísticamente, mesuradamente, como hablan los catedráticos y los diplomáticos. Tengo ante las ideas, y ante los acontecimientos, una posición de polémica. Yo estudio los hechos con objetividad; pero me pronuncio sobre ellos sin limitar, sin cohibir mi sinceridad subjetiva. No aspiro al título de hombre imparcial; porque me ufano por el contrario de mi parcialidad, que coloca mi pensamiento, mi opinión y mi sentimiento al lado de los hombres que quieren construir, sobre los escombros de la sociedad vieja, el armonioso edificio de la sociedad nueva.

DECIMA PRIMERA CONFERENCIA LOS PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA PAZ⁷

Nuestro tema de hoy, son los problemas económicos de la paz: reparaciones, déficits fiscales, deudas interaliadas, desocupación, cambio. Estos problemas son aspectos diversos de una misma cuestión: la decadencia del régimen capitalista apresurada por la guerra. La guerra ha destruido una cantidad ingente de riqueza social. Los gastos de la guerra se calculan en un billón trescientos mil millones de francos oro.

Además la guerra ha dejado otras herencias trágicas: millones de inválidos, millones de tuberculosos, millones de viudas y huérfanos, a los cuales los Estados europeos deben asistencia y protección; ciudades, territorios, fábricas y minas devastadas que los Estados europeos tienen que reconstruir. A todas estas obligaciones económicas Europa podría hacer frente, aunque no sin grandes dificultades, si la guerra no hubiera disminuido exorbitantemente su capacidad de producción, su capacidad de trabajo. Pero la guerra ha causado la muerte de diez millones de hombres y la invalidez de otros tantos. El capital humano de Europa ha disminuido, pues, considerablemente. Europa dispone hoy de muchos millones menos de brazos productores que antes de la guerra. Además, en la Europa central la guerra ha causado la desnutrición, la subalimentación de la población trabajadora. Esta desnutrición, consecuencia de largas privaciones alimenticias, ha reducido la productividad, la vitalidad de la población de la Europa central. Un hombre enfermo o débil, produce menos, trabaja menos, que un hombre sano y vigoroso. Asimismo, un pueblo mal alimentado, extenuado por una serie de hambres y miserias, produce mucho menos, trabaja mucho menos que un pueblo bien nutrido.

Europa se encuentra en la necesidad de producir más y de consumir menos que antes de la guerra para ahorrar anualmente la cantidad correspondiente al pago de las deudas dejadas por la guerra; y se encuentra, al mismo tiempo, en la imposibilidad de aumentar su producción y casi en la imposibilidad de disminuir su consumo, Porque las importaciones de Europa no son importaciones de artículos de lujo, de artículos industriales, sino importaciones de artículos alimenticios, carne, trigo, grasa indispensables a la nutrición de sus poblaciones, o de materias primas, metales, algodón, maderas indispensables a la actividad de sus fábricas y de sus industrias.

Para el aumento de la población existe, además, un obstáculo insuperable: el agravamiento de la lucha de clases, la intensificación de la guerra social. Las clases trabajadoras no quieren colaborar a la reconstrucción del régimen capitalista. Antes bien, una parte de ellas, la que marcha con la Tercera Internacional trata de conquistar definitivamente el poder y de poner fin al régimen capitalista. Luego, por razones políticas o por razones económicas, las huelgas, los obstruccionismos, los lock-out, se suceden aquí y allá. Y estas interrupciones completas o parciales del trabajo impiden no sólo el aumento de la producción sino también el mantenimiento de la producción normal. Los

⁷ José Carlos Mariátegui, "Los problema económicos de la paz", Conferencia dictada el 14 de septiembre de 1923. Archivo José Carlo Mariátegui. [Onceava Conferencia\] Los problemas económicos de la paz - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](http://Onceava_Conferencia_Los_problemas_economicos_de_la_paz_-_Archivo_José_Carlos_Mariátegui_(mariategui.org))

estadistas europeos que preconizan una política de reconstrucción económica de Europa tienden, por esto, a una tregua, a un tratado de paz entre el capitalismo y el proletariado. Quieren un entendimiento, un acuerdo, una transacción, más o menos duradera, entre el capital y el trabajo. Pera, ¿cuáles podrían ser las bases, las condiciones de esta transacción, de este acuerdo? Tendrían que ser, necesariamente, la ratificación y el desarrollo de las conquistas del proletariado: jornada de ocho horas, seguros sociales, etc.; la extirpación de las especulaciones que encarecen la vida; salarios altos en relación con el costo de ésta; control de las fábricas; la nacionalización de las minas y las florestas.

En una palabra, la colaboración del proletariado no podría ser adquirida sino mediante la aceptación del programa mínimo de las clases trabajadoras. A esta transacción se oponen los intereses de los grandes capitanes de la industria y de la banca, de los Stinnes, de los Tyissen, de los Loucheur, y, sobre todo, de la nube de especuladores que prospera a la sombra. Y se oponen también la voluntad de las masas maximalistas, adherentes a la Tercera Internacional, que aspiran a la destrucción final del régimen capitalista y rechazan, por consiguiente, la hipótesis de que el proletariado concurra y colabore a su restauración y a su convalecencia. Además, es dudoso que, simultáneamente, se pueda conseguir la reconstrucción de la riqueza social destruida y el mejoramiento del tenor de vida del proletariado. Es probable, más bien, que por mucho que la producción crezca, por mucho que las ganancias de Europa aumenten, no den lo bastante para atender al pago de las deudas y al bienestar de los trabajadores. El socialismo más que un régimen de producción es un régimen de distribución. Y los problemas actuales del capitalismo son problemas de producción más que problemas de distribución. ¿Cómo podrá, pues, el régimen capitalista aceptar y actuar el programa mínimo del proletariado? He ahí la dificultad sustancial de la situación, ante la cual se desconciertan todos los economistas.

Algunos estadistas europeos, Lloyd George, entre ellos, acarician una intención audaz, un plan atrevido. Piensan que no es posible salvar el régimen capitalista sino a condición de conceder un poco de bienestar a los trabajadores. Piensa que este poco de bienestar debe serles concedido, en parte a costa, de los capitalistas. Pero que los sacrificios de los capitalistas no bastarán para mejorar considerablemente la vida de los trabajadores. Y que hay que buscar por consiguiente otros recursos.

Estos recursos que no es posible encontrar en Europa, que no es posible encontrar en las naciones capitalistas, es posible a su juicio encontrarlos, en cambio, en África, en Asia, en América, en las naciones coloniales.

¿Quiénes insurgen, quiénes se rebelan contra el régimen capitalista? Los trabajadores, los proletarios de los pueblos pertenecientes a la civilización capitalista, a la civilización occidental. La guerra social, la lucha de clases, es aguda, es culminante en Europa, es menor en los Estados Unidos, es menor aún en Sudamérica; pero en los países correspondientes a otras civilizaciones no existe casi, o existe bajo otras formas atenuadas y elementales. Luego, se trata de reorganizar y ensanchar la explotación económica de los países coloniales, de los países incompletamente evolucionados, de los países primitivos de África, Asia, América, Oceanía y de la misma Europa.

Se trata de esclavizar las poblaciones atrasadas a las poblaciones evolucionadas de la civilización occidental. Se trata de que el bracero de Oceanía, de América, de Asia o de África pague el mayor confort, el mayor bienestar, la mayor holgura del obrero europeo o americano. Se trata de que el bracero colonial produzca a bajo precio la materia prima que el obrero europeo transforma en manufactura y que consuma abundantemente esta manufactura. Se trata de que aquella parte menos civilizada de la humanidad trabaje para la parte más civilizada.

Así se espera, no solucionar definitivamente la lucha social, porque la lucha social existirá mientras exista el salario, sino atenuar la lucha social, aplazar su crisis definitiva, postergar su último capítulo. Las generaciones humanas son egoístas. Y la actual generación capitalista se preocupa más de su propia suerte que de la suerte del régimen capitalista. Después de nosotros, el diluvio se dicen a sí mismos. Pero su plan de reorganizar científicamente la explotación de los países coloniales, de transformarlos en sus solícitos proveedores de materias primas y en sus solícitos consumidores de artículos manufacturados, tropieza con una dificultad histórica. Esos países coloniales se agitan por conquistar su independencia nacional. El Oriente hindú se rebela contra el dominio europeo. El Egipto, la India, Persia, despiertan. La Rusia de los Soviets fomenta estas insurrecciones nacionalistas para atacar al capitalismo europeo en sus colonias. La independencia nacional de los países coloniales estorbaría su explotación metódica. Sin disponer de un protectorado o de un mandato sobre los países coloniales, Europa no puede imponerles con entera facilidad, la entrega de sus materias primas o la absorción de sus manufacturas.

Un país políticamente independiente puede ser económicamente colonial. Estos países sudamericanos, por ejemplo, políticamente independientes, son económicamente coloniales. Nuestros hacendados, nuestros mineros son vasallos, son tributarios de los trusts capitalistas europeos. Un algodónero nuestro, por ejemplo, no es en buena cuenta sino un yanacón de los grandes industriales ingleses o norteamericanos que gobiernan el mercado de algodón. Europa puede, pues, acordar a los países coloniales la soberanía política, sin que estos países se independicen, por esto, políticamente; Pero, actualmente Europa necesita perfeccionar en vasta escala la explotación económica de esas colonias. Y necesita, por tanto, manejarlas a su antojo, disponer de la mayor agilidad y libertad de acción sobre ellas. Reservó para la conferencia en que me ocuparé de los problemas coloniales y de las cuestiones de Oriente el examen detenido de este aspecto de la crisis mundial. Ahora no quiero sino señalar su vinculación con la crisis económica de Europa. Veamos rápidamente en qué consisten cada uno de los problemas económicos de la paz. Principiemos por el problema de las reparaciones. ¿Qué son las reparaciones? Las reparaciones son las indemnizaciones que Alemania, en virtud del tratado de paz, debe pagar a los aliados. El tratado de paz de Versalles obliga a Alemania a pagar el cesto de los territorios devastados de Francia, Bélgica e Italia, y el monto de las pensiones de los inválidos de guerra, de las viudas y de los huérfanos aliados.

Cuando se firmó la paz, los aliados, especialmente Francia, creían que Alemania podría pagar una indemnización fabulosa. Poco a poco, a medida que

se conoció la verdadera situación de Alemania, la suma de la indemnización se fue reduciendo.

En 1919, Lord Cunliffe, hablaba de una anualidad de 28,000 millones de marcos de oro; en 1919, en setiembre, Mr. Klotz indicaba 18,000 millones; en abril de 1921 la Comisión de Reparaciones reclamaba poco más de 8,000 millones; en mayo de 1921, el acuerdo aliado fijaba 4,600 millones. Este acuerdo de Londres establece en 138 mil millones el total de la indemnización debida por Alemania a los aliados. Esta suma parecía entonces el mínimo que los aliados podían exigir. Posteriormente ha comprobado la experiencia que esa misma suma era exagerada.

Actualmente se considera imposible que Alemania logre pagar una suma mayor de treinta o cuarenta mil millones de marcos oro. Alemania ha ofrecido a los aliados como un máximo la cantidad de treinta mil millones. Pero Francia se ha negado a discutir siquiera estas propiedades o proposiciones que ha declarado irrisorias y temerarias.

Con el pretexto del incumplimiento por Alemania, de las condiciones del acuerdo de Londres, Francia ha ocupado la región del Rhur que es la más rica región industrial y carbonífera de Alemania.

El pretexto específico ha sido la impuntualidad y la deficiencia de las entregas del carbón que Alemania, conforme al Tratado, tiene la obligación de hacer a Francia. Ahora bien. Efectivamente Alemania había empezado a suministrar a Francia, carbón, pero en cantidad menor de la que estaba forzada a consignarle. Pero desde que Francia se ha instalado en el Rhur ha extraído de esa región menos carbón todavía, que el que Alemania le proporcionaba voluntariamente. Francia ha calificado siempre la ocupación del Rhur como la toma de una prenda productiva. Ha dicho: ¿Qué hace un acreedor cuando su deudor no cumple con pagarle? Pone intervención en su negocio; le embarga uno de sus bienes para explotarlo hasta que la deuda quedé cancelada.

Pero en este caso, el Rhur es para Francia no sólo una prenda improductiva sino, por el contrario, gravosa. El mantenimiento de las tropas del ejército administrativo destacadas por Francia en el Rhur para gobernar ésa, Constituye un gasto formidable. Teóricamente el pago de ese gasto corresponde a Alemania; pero prácticamente Francia necesita extraer de su erario las cantidades precisas para satisfacerlo. Y es que, positivamente, los políticos que gobiernan actualmente Francia no quieren sinceramente que Alemania pague, sino que Alemania no pague, a fin de tener así un pretexto para desmembrarla y mutilarla. Tienen la pesadilla de que Alemania resurja, de que Alemania se reconstruya, y aspiran a librarse de esta pesadilla aniquilándola. Pero, como ya he dicho y, he tenido la oportunidad de explicar, la ruina económica de Alemania causaría la ruina económica de la Europa continental. El organismo económico de Europa es demasiado solidario para que pueda soportar el quebrantamiento de Alemania que es uno de los órganos más vitales. Vemos así que la guerra que trajo como consecuencia la caída del marco alemán ocasionó una depreciación del franco francés. Y este es un fenómeno claro. El crédito de Francia depende en parte de la solvencia de Alemania.

Para que el mecanismo de la producción europea recupere su ritmo normal es indispensable que Alemania recobre su funcionamiento tranquilo. Y la política de Francia respecto a Alemania tiende, contrariamente a esta

necesidad, a desmenuzar a Alemania. Muchos banqueros, economistas y peritos aliados han comprobado la imposibilidad de que Alemania pague una indemnización exagerada. Sus argumentos son lógicos. Se podría sacar de Alemania una gran cantidad de dinero si se le devolviesen sus antiguos instrumentos de comercio; sus colonias, sus mercados extranjeros; su flota mercante; si se le consintiese incrementar infinitamente su producción industrial; si se le facilitase la venta de esta producción al extranjero. Y estas franquicias son imposibles. Imposibles porque a la industria de Inglaterra, de Francia y de Italia no les conviene esta Competencia de la industria alemana. Imposible porque Francia no puede tolerar, por recibir de Alemania algunos o muchos millones de francos, que Alemania resurja más potente, más vigorosa que nunca.

Si las potencias vencedoras, si Francia, si Italia no consigue nivelar su presupuesto ni pagar sus deudas, es absurdo suponer que una potencia vencida pueda no sólo regularizar sus finanzas sino además llenar los bolsillos de los vencedores. La imposibilidad de que Alemania pague está, pues, documentadamente demostrada. Sin embargo, Francia insiste en que Alemania debe pagar, y en que debe pagar millares de millones, porque así dispone de un pretexto para castigarla, para desmembrarla, para quitarle sus más ricos territorios. La reorganización de Europa según los técnicos, no es posible sino a condición de que se inaugure una política de solidaridad, de colaboración entre los países europeos. De aquí la importancia del problema de las reparaciones que enemista y aleja a Alemania y a Francia, a las dos naciones más importantes de la Europa continental. El gobierno de Francia, cuando se le pone delante los peligros que constituye para el porvenir europeo este conflicto franco-alemán, responde que no es justo que Alemania sea exonerada de todo pago, mientras que Francia sigue obligada a pagar a EE. UU. sus deudas de guerra. Francia dice: que Inglaterra y EE. UU. nos perdonen nuestras deudas si quieren que seamos generosos y blandos con Alemania.

Llegamos así a otro problema económico de la paz. Al problema de las deudas interaliadas íntimamente ligado al problema de las reparaciones.